

LIBRO DE CUENTA Y RAZÓN
DE LA
CASA DE
DON
ALFONSO REYES
AÑO DE 1825

CAPITULO III.

GRITOS Y CONFUSION.

Apenas el alba empezaba á sonreir, cuando el ama de gobierno se vistió, santiguóse, y restregándose los ojos, se acercó al aposento donde el sacerdote dormia, dando á la puerta tres ó quatro golpes y diciendo:

—Señor, que ya amanece.

El cura decia misa todas las mañanas muy temprano, y la señora Juana era la encargada de despertarlo.

Resonó en el interior del dormitorio un rumor confuso.

Volvió á llamar el ama de gobierno.

—Allá voy, dijo una voz grave.

La señora Juana se fué á la cocina para encender fuego, y entretanto el buen cura sacudió como mejor pudo la pereza, y salió del lecho mientras rezaba.

—La mañana está fria, murmuró.

Y abrió una ventana á través de cuyos vidrios penetraba una débil claridad.

Empezó á vestirse.

Después de algunos minutos miró el reloj que tenía sobre una mesa.

—Es extraño, dijo, que Braulio no haya dado ya el primer toque. ¿Se habrá dormido?..... No lo creo, porque siempre es el primero en levantarse, y todas las mañanas á estas horas ha preparado cuanto se necesita con una exactitud digna de elogio.

Efectivamente, al amanecer los moradores de la aldea despertaban al ruido de la campana, que hacia resonar Braulio tirando de una cuerda que iba á parar á la sacristía.

Acabó el sacerdote de vestirse.

Púsose su sotana y su bonete.

La campana no dejaba oír sus sonidos.

Empezaban á crujir en la población algunas puertas que se abrían y cerraban.

Los cristianos vecinos de la aldea debían sorprenderse de que no se les llamase al templo.

—Pues señor, dijo el cura, algo extraordinario ha sucedido, porque Braulio no falta nunca á su deber. ¿Estará enfermo? Anoche se encontraba en perfecta salud, y se acostó temprano, y nadie ha interrumpido su sueño..... Preciso es averiguar lo que pasa, porque no estoy tranquilo.

Acercóse á la puerta y llamó al ama de gobierno.

Esta se presentó limpiándose las manos en el delantal.

—Diga usted, señora Juana, ¿no le llama á usted la atención que Braulio no haya tocado á misa?

—Sí; pero como tiene mucho que hacer, no habrá concluido.

—A estas horas debe estar ya mano sobre mano.

—Iré á preguntarlo.

—Sí, sí.

Alejóse la señora Juana muy contenta por tener un pretexto para ver al sacristan.

No habían pasado tres minutos cuando resonaron gritos desgarradores, y el ama de gobierno se presentó con el rostro lívido y descompuesto.

El cura, que había empezado á leer en su breviario, lo dejó sobre la mesa, púsose en pié y fijó una mirada de estupor en la sirvienta, preguntando con tono que revelaba la intranquilidad:

—¿Qué sucede?

—¡Ay! exclamaba el ama de gobierno muchas veces.

Y sin poder apenas respirar, iba y venía de un lado á otro, mirando á todas partes con muestras de terror profundo.

—Sí, decía, es él, lo he reconocido..... ¡Dios misericordioso!..... no lo ví, tropecé..... ¡Ah!..... ¿Qué ha sucedido?..... Y se revuelve, y gime..... ¡Socorro, socorro!

—¿Pero qué pasa? volvió á preguntar el sacerdote, palideciendo y temblando.

—¡Socorro, socorro! gritó con mas fuerza que nunca la señora Juana.

—¿Te explicarás?

—¡Virgen de los affidos!..... parece muerto y no está muerto..... ¡Socorro, socorro!.....

—Pero.....

—El señor Braulio, el pobrecito..... allí..... en el pasillo..... y gime..... ¡Corra usted, señor..... corra usted!

Creyó el sacerdote que repentinamente se había visto Braulio acometido de alguna enfermedad, y no sospechando otra cosa tuvo valer para acudir en su socorro.

La señora Juana lo siguió, exhalando sin cesar desgarradores lamentos.

Llegaron al pasillo.

Allí apenas penetraba una muy débil claridad.

A tres ó cuatro pasos de la puerta y sobre el pavimento veíase un bulto negro, informe, que se agitaba de vez en cuando y dejaba escapar leves gemidos.

—Todo sea por Dios, dijo el cura. Se conoce que le ha dado una convulsión..... ¡Infeliz!..... agua fresca, señora Juana, y vinagre..... abra usted esa puerta, porque estamos á oscuras..... tambien es preciso avisar al médico, porque quiero que á Braulio se le cuide..... ¿Qué espera usted?..... Pronto, porque la curacion de estos males depende muchas veces de la oportunidad.

—Voy por las llaves.

Entró el ama de gobierno en la habitación del sacristan, saliendo bien pronto mientras decia:

—No están las llaves aquí.

Se acercó á la puerta.

—Aquí tampoco.

—Ya habria ido á la iglesia y estarán en la sacristía.

—Pues allá voy.

La señora Juana desapareció.

A los pocos momentos volvieron á resonar sus gritos.

Presentóse nuevamente.

Su terror habia llegado al último punto.

—¡Horror, horror! exclamaba. ¡Todo abierto, todo destrozado!..... ¡Socorro, socorro!..... No están las llaves..... Yo me muero, no puedo mas.

Y quedó inmóvil en el rincón mas oscuro.

Acabó de aturdirse el sacerdote.

Ya no entendió lo que pesaba.

Se movió de un lado para otro sin saber adonde dirigirse.

Entretanto los gritos del ama de gobierno habian alarmado á los moradores de las casas inmediatas.

Muchos acudieron, llamando á la puertecilla y preguntando lo que pasaba.

El buen cura, que estaba poseido de terror como si se encontrase entre fantasmas, no se atrevió á tocar á Braulio, ni mucho menos á ir á la sacristía.

Continuaba revolviéndose desesperadamente el antiguo amante y cómplice de Pepa.

La señora Juana exhalaba lamentos sin cesar.

Frio y copioso sudor empapaba el rostro del sacerdote, que al fin se acercó á la puerta, diciendo á los que llamaban:

—Abrid vosotros, que no tenemos la llave.

—¿Y cómo hemos de abrir? le replicaban.

—Romped la cerradura, echad la puerta abajo, y la pared, y toda la casa si es preciso..... Se han cometido grandes crímenes, Braulio se muere, creo que Satanás ha tenido el atrevimiento de introducirse en este sagrado recinto.

Sobre este último punto no se equivocaba el sacerdote, porque personificación de Satanás era Braulio.

Los aldeanos obedecieron.

Resonaron fuertísimos golpes, retumbó y crugió la puertecilla y bien pronto la cerradura saltó hecha pedazos.

La luz se hizo.

Los que entraron pudieron ver á la señora Juana en un rincón, con las manos crispadas, cadavérico el rostro y gimiendo como si agonizara.

El cura temblaba, sus escasos cabellos estaban en desórden,

orizados, y su mirada fijábase con terror profundo en el sacristan.

Este se encontraba en el suelo fuertemente atado, con la boca tapada, amoratado el rostro, los ojos inyectados de sangre y dilatadas las pupilas.

Resonó una exclamación unánime de sorpresa y espanto.

No necesitaban mas explicaciones para comprender lo que habia sucedido.

Ante todo se ocuparon en socorrer al sacristan.

Se habia cometido un crimen, la víctima habia sido Braulio, y el objeto el robo.

Cuando le destaparon la boca aspiró con avidez al aire fresco y puro que penetraba por la puertecilla.

—Me ahogaba, murmuró con voz débil.

Quiso levantarse, pero no pudo.

Exhaló un quejido.

Todos le hicieron preguntas; pero Braulio apenas tenia fuerzas para hablar y tampoco podia responder á todos.

—Lo llevaremos á su cama, dijo el cura, esperaremos á que se sosiegue y luego nos dará explicaciones.

—Y entretanto iremos á la iglesia.

—Es preciso avisar al alcalde y al juez.

—¿Y el médico?

—Aquí me teneis, dijo una voz.

Las noticias cunden en las aldeas con prodigiosa rapidez, y ya no habia nadie que ignorara que habian robado la iglesia, asegurándose que habian asesinado al sacristan.

Iban á llevar á este á su lecho cuando se presentó el alcalde.

En seguida entró el juez, y dijo:

—Quietos.

Guardaron silencio todos y quedaron en actitud respetuosa.

Los vecinos de la aldea seguian acudiendo y agolpándose á la entrada del pasillo.

Afortunadamente llegaron algunos guardias civiles para ponerse á las órdenes del juez.

Este mandó que se hiciese salir á los curiosos.

El representante de la ley examinó ante todo el terreno, midió la distancia que habia desde la puerta al sitio donde se encontraba Braulio, y luego dijo:

—Ahora podeis llevarlo á su cama y que el médico lo examine para que informe de lo que resulte.

Hicieronlo así.

Entonces el juez se dirigió á la sacristía seguido del sacerdote, el alcalde, el ama de gobierno y uno de los guardias.

Un juez no es nunca tan impresionable como la multitud ni se deja arrebatar fácilmente.

Su mirada lo examinaba todo con escrupulosidad, haciéndose cargo hasta del mas leve detalle.

En la sacristía encontraron una palanqueta.

Estaban rotas las cerraduras de los armarios y cajones, cuyo contenido se encontraba esparcido por el suelo.

Todas las alhajas habian desaparecido.

Fueron á la iglesia.

En el presbiterio encontraron una navaja de grandes dimensiones.

Sobre el altar habia un trozo de alambre hecho dobleces.

El sagrario estaba abierto y vacío.

A una imagen de la Virgen la habian despojado de su corona de plata.

Algunos candeleros y otros objetos habian sido derribados,

lo cual probaba la precipitacion con que los criminales habian procedido.

La puerta de la iglesia se encontraba intacta, y las ventanas lo mismo.

Ni una sola palabra pronunció el juez.

Hizo algunos apuntes que le sirviesen de recuerdo.

El guardia habia examinado tambien con atencion profunda, y de vez en cuando se retorcia el bigote y murmuraba con tono de extrañeza:

—No lo entiendo.

Fueron al aposento de Braulio.

El médico parecia muy pensativo.

El juez le preguntó:

—¿Se encuentra el enfermo en disposicion de declarar?

—Sí, puede declarar y levantarse dentro de quince minutos, que es todo el tiempo que necesita para que desaparezca su excitacion nerviosa, pues á Dios gracias, no hay en su salud verdadera alteracion.

Fijó el juez una mirada penetrante en el médico.

Este se encogió de hombros.

El guardia arrugó el entrecejo.

—Hablaemos despues, y me presentará usted su informe.

—¿Debo salir?

—No.

—Conviene que en seguida tome el enfermo un antiespasmódico.

—Pueden traerlo.

El médico recetó, y el ama de gobierno salió para ir á la botica.

Braulio temblaba, lo que nada tenia de particular.

Su mirada fijóse alguna vez recelosamente en el hombre de ciencia, pero éste permanecia impasible y frio lo mismo que el juez.

El guardia civil continuaba retorciéndose el bigote.

Hubiérase dicho que se impacientaba.

Si no tenia el talento y la instruccion del médico y del juez, le sobraba experiencia en esta clase de asuntos, y decia para sí:

—No lo entiendo, pero lo entenderé.

Y miraba á su alrededor como si examinase uno por uno los pobres muebles.